

# La verdad es una y el error es múltiple.

*Esteve Freixa i Baque*

El presente trabajo no recibió financiación específica de agencias del sector público, comercial o de organismos no gubernamentales. Las personas autoras declaran que el presente texto es de autoría propia, es original e inédito y no ha sido enviado de forma sincrónica a ninguna otra revista.

La búsqueda de la verdad, la inquietud por el saber, han sido una constante en la evolución de la Humanidad. Ya el hombre primitivo, confrontado a toda clase de fenómenos naturales que no podía explicar, se forjó toda una galería de explicaciones de orden mítico-religiosas. Así, por ejemplo, para explicar las tormentas de viento, los temporales en alta mar o la sequía, se engendraron divinidades responsables de cada uno de esos fenómenos: Eolo, Poseidón (alias Neptuno para los romanos) y Zeus (Júpiter para los romanos) respectivamente. Y así con todo: la guerra (Athena), la caza (Diana), el amor (Eros y Afrodita), y un sinfín de etcéteras. Dichos dioses eran los causantes de estos fenómenos, incontrolables para los humanos de aquellas épocas, por lo que había que rogarles, e incluso ofrecerles sacrificios, para obtener sus favores.

El inconveniente de este tipo de atribución causal tan primitivo es que era necesario postular tantas divinidades como fenómenos por explicar. En otros términos, no se había avanzado en lo más mínimo en el proceso de conocimiento de la Naturaleza y de sus leyes y, por ende, no se había progresado en absoluto en su control.

Pero tenían, sin embargo, el mérito de proporcionar una explicación (una pseudo-explicación, claro) que a la vez tranquilizaba y no dejaba sin respuesta (pseudo-respuesta, por supuesto) la pregunta: “¿por qué?”. Los límites evidentes de las explicaciones mítico-religiosas abrieron paso a otro tipo de explicaciones: las explicaciones filosóficas. En vez de invocar Seres Supremos, se optó por privilegiar la razón, la lógica (ese genial invento de Aristóteles). Se establecieron pues reglas para guiar el pensamiento en la búsqueda de la verdad y la identificación del error. Así surgieron los silogismos, ejemplo donde los haya de razonamiento deductivo: premisa mayor: todos los seres humanos son mortales; premisa menor: Sócrates es un ser humano; conclusión: luego Sócrates es mortal.

Pero ello no resultaba suficiente para protegerse completamente del error. En efecto, seguía siendo posible equivocarse (involuntariamente o adrede) a través de sofismas, esos razonamientos en apariencia lógicos (y, por tanto, llevando supuestamente a conclusiones ciertas) pero que incluían una “trampa”, no siempre fácilmente identificable. Este tipo de razonamiento es conocido bajo el nombre de parasilogismo. Les doy un ejemplo de ello. Premisa mayor: en una bola de queso gruyere, cuanto más queso, más huecos; premisa menor: cuantos más huecos, menos queso; conclusión: luego, cuanto más queso, menos queso. O también: Todos los perros tienen pelos; yo tengo pelos; luego yo soy un perro. Sin comentarios...

Pero no sólo la certeza del razonamiento no es infalible, sino que, además, la única condición que se exige a un sistema filosófico es que posea una perfecta e inatacable coherencia interna.

Ello resulta suficiente para considerar que se ajusta a la realidad del mundo. Sin necesidad de contraste empírico con la Naturaleza. La razón constituye, pues, para el enfoque filosófico, el argumento definitivo. Pero pronto se puso de manifiesto que no había un único y universal sistema filosófico que satisficiera a la humanidad de manera unánime. En efecto, de la misma manera que los dioses eran distintos según las culturas y las civilizaciones (los dioses vikingos, los egipcios y los hindúes, por ejemplo, eran muy diferentes entre sí), los sistemas filosóficos (y las concepciones globales del mundo que de ellos se desprendían, lo que los alemanes llaman la *weltanschauung*) diferían igualmente de manera muy pronunciada. Es más, en el seno de una misma cultura y de una misma latitud, la “oferta” de sistemas era abundante. Así, la civilización griega vio surgir escuelas tan diferentes como los estoicos, los pitagóricos, los platónicos, los socráticos, los epicúreos, los escépticos... ¿Quién poseía la verdad? Más cerca de nosotros: ¿cómo escoger entre nominalistas, existencialistas, cartesianos, positivistas, hegelianos, fenomenólogos, nihilistas, estructuralistas, etc. etc.?

¿La verdad sería pues, como lo pretenden los postmodernos, una cuestión de gusto, de afinidad, de preferencia, de elección personal? Eso ya se ve que no es sostenible de ninguna manera. Si alguien pretende que la Tierra es plana y otro defiende que es redonda, puede ser que ambos vayan equivocados y que, en realidad, sea, digamos, cúbica. También puede ser que uno de los dos tenga razón y que, por vía de consecuencia, el otro vaya equivocado. Pero lo que en ningún caso podemos admitir es que ambos tengan razón y que cada uno sea libre de apuntarse a la versión que más le guste, o más le apetezca, o más le reconforte.

Para superar los innegables límites del enfoque filosófico surgió pues, más o menos con el Renacimiento, el llamado método científico natural positivo, cuya característica principal es de privilegiar los hechos con respecto a las ideas, a las teorías, a las hipótesis, a las suposiciones o a las creencias. La confrontación, la contrastación con la realidad (sin entrar ahora en el debate, más filosófico que científico, de saber qué es realmente la realidad), constituye el punto álgido de la demostración. Nos gusten o no, nos conforten o nos molesten, correspondan o no a nuestras hipótesis, los hechos mandan y tienen la última palabra (tampoco entraremos aquí en la definición de “hecho”, ciertamente esencial, pero que nos apartaría demasiado del tema central de esta conferencia).

El científico honrado no pretende hacer compatibles los hechos con su hipótesis, sino elaborar hipótesis que se ajusten a los hechos. Y ello tantas veces como sea necesario para acercarse lo más posible a la realidad de la Naturaleza. Como lo dejó escrito el recientemente fallecido Rubén Ardila, que me honraba con su amistad: *“Un experimento es una pregunta que hacemos a la Naturaleza. Su respuesta dependerá, en parte, de qué tan bien formulada esté la pregunta y, en parte, de la posibilidad que tengamos de entender la respuesta dada por la Naturaleza.”*

Y cuando después de múltiples experimentos, de múltiples diseños experimentales, no para verificar su hipótesis (tendencia por desgracia demasiado común entre los investigadores y que puede desembocar en conclusiones erróneas), sino, al contrario, para descartarla, no lo consigue y su hipótesis sigue en pie, resistiendo a toda tentativa de derrumbarla, entonces, y sólo entonces, se atreve a decir no que las cosas son así, sino que “nada se opone a considerar que son así”; que “todo ocurre como si...”. Es decir, que hasta prueba irrefutable de lo contrario, es razonable admitir su hipótesis. Pero aunque ella haya sido verificada centenares de veces, basta con una sola excepción, una sola, para desestimarla definitivamente. En efecto, sería suficiente con que una persona pudiese (sin truco alguno, por supuesto), levitar a unos pocos centímetros sobre el suelo durante unos segundos para que la ley de la gravedad universal debiese

ser abandonada o, en el mejor de los casos, reformulada o integrada en una teoría más amplia de la cual no sería más que una parte. Algo así como la física newtoniana resultó ser un caso particular de la teoría de la relatividad, que la incluye.

Hace un momento he dicho que bastaba con una sola excepción bien establecida para derrumbar una ley que se había verificado siempre hasta entonces. Y, llegados a este punto, me viene a la memoria el jocoso argumento de Bertrand Russell al respecto que se puede resumir así: Un pavo es alimentado cada día por el granjero y, con el paso del tiempo, como ve que no falla nunca, cree que esto continuará indefinidamente. Y cuando llega el día antes de Navidad (o del Día de Acción de Gracias en los Estados Unidos), al ver llegar al granjero, está convencido de que este hecho que nunca se ha visto desmentido se va a confirmar una vez más. Desgraciadamente para él (y afortunadamente para nuestros paladares), todos sabemos cómo se termina el asunto....

Retomo el hilo de lo que estaba diciendo. Afirmar que una sola excepción basta para derrumbar una ley parece totalmente incompatible con el proverbio popular que reza que “la excepción confirma la regla”. Permítanme un minutillo para disipar esta aparente contradicción. Para ello, es necesario distinguir “ley” y “regla” las cuáles, contrariamente a las apariencias (siempre engañosas), distan mucho de ser términos sinónimos.

Una ley es, por definición, universal y no admite excepciones. Si las hay, aunque sean pocas (o incluso una sola), es que la ley en cuestión es imperfecta, o parcial, y debe ser enmendada. En ningún caso se halla confortada. Una ley debe cubrir el cien por cien de los casos, no la mayoría (ni siquiera la inmensa mayoría) de los casos.

En cambio, la noción de regla es más bien de orden estadístico: una regla establece lo que ocurre más a menudo, más frecuentemente. Si un evento se produce una vez sí y otra vez no, a 50%, es imposible predecirlo y, por tanto, no se puede hablar de regla alguna. No hay ninguna regla que nos diga si una moneda caerá cara o caerá cruz.

Sí existe, sin embargo, una regla gramatical que establece que, en castellano, los sustantivos terminados en “a” son generalmente de género femenino. Y el hecho de que algunas pocas palabras (como “día”, “mapa”, “planeta” o “clima”, por ejemplo) sean de género masculino a pesar de terminarse por “a”, por el simple hecho de constituir excepciones, no hacen más que confirmar la regla en el sentido de que, si se habla de excepción, de minoría, ello implica forzosamente que existe una mayoría, es decir, una norma, una regla. La minoría es la consecuencia matemática, el contrapunto, el corolario, de la existencia de una mayoría. Sin minoría no hay mayoría posible. Nadie hablaría de excepción frente a un evento equiprobable, como en el caso de cara y cruz.

Así pues, la excepción confirma efectivamente la existencia de una regla; pero invalida definitivamente una ley. Espero haber pues clarificado este particular que tan a menudo es esgrimido para seguir pretendiendo tener razón cuando nos demuestran que estamos equivocados. Aquello del argumento del mal perdedor o del contrincante de mala fe.

En otras palabras: contrariamente a los dogmas, inmutables por definición, o a los sistemas filosóficos, cerrados por principio, los enunciados científicos deben poder ser siempre puestos en entredicho. Debe existir siempre la posibilidad de demostrar que son falsos. La famosa “falsabilidad” conceptualizada por Popper (aunque a él no le gustaba ese término y prefería hablar de “refutabilidad”).

En general, cuando algo nuevo representa un progreso indiscutible respecto a lo que le precedía, lo nuevo, después de vencer las inevitables resistencias a abandonar aquello que siempre se ha creído (a veces es necesario para ello la desaparición, la extinción de una o varias generaciones), acaba por imponerse y por suplantarse a lo antiguo.

Cuando una ciudad se extiende y desborda sus murallas defensivas, se construye una nueva que cobija a toda la población y se derriba la antigua, ya inútil, y que dificulta incluso la circulación interna. La nueva muralla no se añade a la antigua, sino que la reemplaza. Lógico, ¿verdad?

Pues bien, el problema al que nos enfrentamos desde hace siglos es que esto no ha sucedido así en lo que se refiere a los niveles de explicación de la Naturaleza. En vez de sustituirse unas a otras, las tres grandes familias explicativas (la mítico-religiosa, la filosófica y la científica) han sido yuxtapuestas, se han ido acumulando y coexisten en la actualidad, dando la impresión de que, en vez de un progreso, de una decantación, de una superación, se ha procedido a un aumento de opciones, igualmente legítimas, sin jerarquía alguna entre ellas, que nos permite elegir la que más nos apetece. Como muy bien lo dejó escrito Vladimir Ilich Oulianov, más conocido bajo el nombre de Lenin, en su famoso libro *¿Qué hacer?: “Personas verdaderamente convencidas de haber impulsado la ciencia no reclamarían libertad para las nuevas concepciones al lado de las viejas, sino la sustitución de estas últimas por las primeras.”*

Es en este contexto que debemos situar la aparición (y el éxito) del postmodernismo y de su relativismo cognitivo: “todo vale, no hay jerarquía entre los conocimientos, todo son relatos fabricados y, por lo tanto, es una mera cuestión de gusto o de preferencia escoger uno u otro”. No hay una verdad única, cada uno tiene su verdad y querer imponer la verdad científica como única verdad aceptable equivale a ser dogmático, intolerante, ayatola cientifista (el cientifismo siendo considerado casi como una forma de religión) véase imperialista. El movimiento, más reciente, del *wookismo*, no ha hecho más que amplificar esta tendencia. Para ellos, todo conocimiento es relativo, es el producto de una visión del mundo resultante de las “condiciones sociales”, de la “civilización occidental”, y, por tanto “socialmente construido”.

La objetividad del conocimiento científico sería, pues, sólo una ilusión: todo sería igual. Una fábula, un mito o una leyenda tendrían el mismo valor que una explicación científica. Elegir uno u otro sería sólo una cuestión de preferencia, de opinión. Cierto, es lógico que se tengan opiniones sobre cosas opinables y lo que sí debe respetarse a capa y espada es el derecho a opinar. Pero que la opinión expresada sea respetable o no dependerá únicamente de su cualidad.

Llegados a este punto creo necesario recordar que el respeto y la tolerancia, cualidades indispensables en nuestra vida social, deben reservarse para aquello que es opinable, discutible, sujeto a preferencias personales o culturales (siempre y cuando no constituyan negaciones de los derechos humanos universales, por supuesto; no es seguro que debamos respetar la práctica de la incisión de las niñas bajo pretexto que constituye una tradición ancestral y que nuestra cultura occidental no tiene porqué querer imponerse en otras latitudes so pena de ser acusada de neocolonialismo). Pero en los ámbitos no discutibles, no se vale apelar a la tolerancia, el pluralismo o el eclecticismo. ¿O acaso podemos aceptar, para contentar a todo el mundo y no herir ninguna sensibilidad o creencia, que la Tierra es redonda los lunes, miércoles y viernes y plana los martes, jueves y sábados, dejando el domingo para las otras opciones a fin de no ser tildados de binarios y reduccionistas?

El empeño frenético y constante del postmodernismo en desbaratar el conocimiento, en difuminar la frontera entre lo verdadero y lo erróneo escondiéndose detrás de un falso progresismo me recuerda, en cierta manera y quizás forzando un poco la comparación, el mito del anillo de Gigés que Platón evoca en su ensayo sobre la República. En efecto, según el relato, tal anillo tenía la propiedad de hacer invisible a quien lo poseía y, por tanto, le permitía desplazarse e introducirse por doquiera sin ser desenmascarado (que es lo propio del postmodernismo y del *wookismo*). Gigés usó este artificio para seducir a la reina, conspirar con ella y asesinar al rey para tomar el poder. Los postmodernos lo utilizan para seducir a los intelectuales *wookistas*, conspirar con ellos y asesinar la verdad para tomar el poder.

Hasta ahí el paralelismo, la analogía que me atrevo a esbozar a propósito del anillo de Gigés. Lo que ha cambiado hoy en día es que, por desgracia, el anillo mismo se ha vuelto invisible y ni siquiera nos damos cuenta pues de la superchería, cada vez más difícil de identificar y, por consiguiente, de combatir.

Así pues, el relativismo cognitivo no sólo es falso, sino que resulta, sobre todo, peligroso. Disuelve la posibilidad misma de conocer la realidad. Niega la existencia de una verdad única exterior a nosotros y abre así la puerta a todas las manipulaciones y a todas las imposturas.

George Orwell, en su famosa novela distópica 1984, publicada en 1949, ya nos alertaba al respecto: *“La evidencia, el sentido común, la verdad debían ser defendidos. Las perogrulladas son verdaderas. Había que apoyarse en ellas. El mundo material existe, sus leyes no cambian. Las piedras son duras, el agua es húmeda, y los objetos que se dejan caer se dirigen hacia el centro de la Tierra.”*

Un ejemplo entre mil de lo absurdo que es el relativismo cognitivo: la electrodinámica cuántica predice que el momento magnético del electrón tiene como valor 1,001 159 652 201. Y una experimentación en laboratorio realizada a fin de someter a prueba esta predicción teórica arroja el resultado siguiente: 1,001 159 652 188. Tal extraordinaria concordancia constituiría un verdadero milagro si la ciencia no reflejara la realidad.

Otro ejemplo: pretender que pi ( $\pi$ ) (cuyo valor constante es, como todo el mundo sabe desde la época de los griegos y de la geometría euclidiana: 3,14159 y un sinnúmero de decimales), justamente no es una constante, sino que se halla sujeto a determinantes culturales e ideológicos. Que yo sepa, ningún nuevo cálculo ha sido capaz de demostrar que este valor haya sido modificado por alguna “construcción social” o alguna “ideología alternativa” ...

El conjunto de las confirmaciones experimentales de las teorías científicas bien establecidas demuestra que hemos realmente adquirido un conocimiento objetivo (aunque, cierto, aproximativo y parcial), de la Naturaleza. Estas características esenciales de la ciencia, su modestia respecto a lo mucho que le queda por descubrir; su carácter acumulativo, que implica que los descubrimientos pueden ser en un momento dados parciales y que deben ser completados por nuevos hallazgos; el poner siempre en duda un resultado para generar nueva experimentación que lo conforte si era correcto o lo corrija (incluso lo invalide) si era erróneo, han sido utilizadas por los detractores de la ciencia para introducir el maldito relativismo: “Incluso los científicos honrados reconocen que no están seguros del todo, que pueden equivocarse. No es pues un saber de fiar, de confianza.”

Cierto, puede haber errores, aproximaciones, teorías parciales que más adelante serán integradas en teorías más amplias y englobantes (como en el caso de la física newtoniana anteriormente evocado). Incluso puede haber fraudes malintencionados, como en el caso del cráneo pretendidamente prehistórico que fue desenmascarado gracias a las técnicas de datación absoluta del carbono 14. Pero justamente porque la ciencia es el único método con capacidad de autocrítica y autocorrección, sin respeto alguno por el argumento de autoridad, a la larga la verdad se decanta y triunfa.

¿Qué otro método permite esto? ¿Cuándo se ha visto una doctrina religiosa modificar sus dogmas? ¿O una escuela filosófica contradecir sus postulados? El drama está en que los ignorantes, precisamente por ignorantes, se pasean con certezas mientras que los científicos, justamente por honrados, no esconden sus dudas (aquí vendría a colación la famosa frase que Platón atribuye a Sócrates: “Yo sólo sé que no sé nada” ...). Y esta honestidad intelectual, la que humildemente no se atreve a ir más allá de aquello de “nada se opone a considerar que...”, de aquello de “todo ocurre como si...”, es aprovechada por los postmodernos para relativizar el conocimiento científico y convertirlo en una mera opción entre otras.

Y hablando de ignorantes, me viene ahora a la memoria una reflexión de Einstein (aunque parece ser que la gran mayoría de frases de Einstein son apócrifas, lo que constituye, en cierto modo, otro ejemplo de engaño, de falsedad, de *fake news*...): *“Todo aquello que el hombre ignora, no existe para él. Por eso el universo de cada uno se resume al tamaño de su saber”*. Hasta el punto de que, hoy en día, el término ultracrepidarismo ha surgido para designar una conducta consistente en opinar acerca de temas sobre los que no se posee conocimiento ni competencia alguna. Y, desgraciadamente, el número de ultracrepidarios no para de aumentar...

Ya Aristóteles, en su tiempo, profesaba que: *“El hombre, cuanto más estudia, más sencillo es; porque a medida que estudia descubre la grandeza de su ignorancia.”* Es por ello por lo que debemos siempre recordar que todo conocimiento científico es esencialmente provisional.

Incluso una ley ampliamente aceptada siempre permanece abierta a revisión, superación o reformulación en función de nuevos hechos, nuevas observaciones o una mejor comprensión teórica. El método científico no garantiza la infalibilidad; sólo garantiza un proceso de corrección continua, de acercamiento progresivo a la verdad.

La ciencia no es pues un sistema dogmático cerrado en sí mismo. Es un proceso de autocorrección permanente donde el error se reconoce como una posibilidad inevitable y donde el cuestionamiento constituye una virtud, no un defecto. En un mundo invadido por torrentes de información incontrolada, *fake news* y pseudociencias, es más crucial que nunca reafirmar el valor de la verdad, la importancia del método científico y la exigencia intelectual de la duda racional. Así se ha ido construyendo (lenta y dolorosamente, a menudo contra la hostilidad de las tradiciones establecidas), el conocimiento científico, capaz de afirmarse por su fertilidad, su capacidad predictiva y su poder explicativo.

La ciencia es como un organismo en crecimiento: mientras está vivo, cambia, evoluciona; sin prisas, pero sin pausas. Esta es una de las razones por las cuales decimos que la ciencia, además de perseguir la verdad, es éticamente valiosa: porque nos recuerda que la corrección de los errores es tan importante como el hecho de no cometerlos; y que probar cosas novedosas, aunque inciertas, siempre es preferible a rendir un culto inmutable a las viejas tradiciones.

El conocimiento científico avanza pues mediante conjeturas y refutaciones. Es un proceso dinámico, autocorrectivo e infinitamente exigente. Por eso es erróneo pensar que todas las teorías, todas las opiniones, todos los discursos tienen el mismo valor. Una teoría que ha resistido décadas o incluso siglos de pruebas rigurosas no es lo mismo que una creencia infundada, una opinión gratuita o una idea a la moda.

Rechazar esta jerarquía es hundirse en el relativismo cognitivo, renunciar a toda posibilidad de conocimiento objetivo, abrir la puerta al obscurantismo, a las supersticiones y a las pseudociencias de todo calibre.

Larry Laudan, en su obra *Ciencia y relativismo*, escribe: *“Yo critico aquellos contemporáneos nuestros quienes, tomando frecuentemente sus deseos por realidades, se han apoderado de ciertas ideas de la filosofía de la ciencia para ponerlas al servicio de luchas sociales y políticas para las cuales dichas ideas resultan inadaptadas. Feministas, propagandistas, creyentes (incluyendo los autoproclamados “científicos creacionistas”), individuos provenientes tanto de la contracultura como del conservatismo y su retahíla de sorprendentes “compañeros de ruta”, han pretendido que la inconmensurabilidad y la relativa incerteza de las teorías científicas llevaban agua a sus molinos. La substitución de la idea de que los datos y los hechos son importantes de por sí por la idea según la cual todo depende de intereses individuales y de perspectivas subjetivas constituye la manifestación más visible y más perniciosa del anti-intelectualismo de nuestra época.”*

Y como lo declaró en su momento un político francés conservador (de cuyo nombre no quiero acordarme”, como diría Cervantes...) en un arrebato de anti-intelectualismo primario (¿pero puede ser el anti-intelectualismo otra cosa que primario?): *“El pescado siempre se pudre por la cabeza.”* Sin comentarios...

Los políticos, “influencers” y demás demagogos (Donald Trump representa el arquetipo perfecto de este nefasto tipo de impresentables personajes) han rápidamente entendido el beneficio que pueden obtener utilizando tales subterfugios intelectuales. Multiplicando sin pestañear las mentiras más groseras, no pretenden ya que uno les crea, sino que sólo buscan crear una multitud de versiones diferentes de una misma realidad para diluir así la verdad en un océano de mentiras y conseguir que la verdad no sea más que una opción entre muchas otras y que no haya porqué considerarla mejor que las otras. Pero como lo decía muy acertadamente y de manera contundente e implacable Simone de Beauvoir, *“La verdad es una y el error es múltiple”*. Y esta es, sencillamente, la razón por la cual en estos mundos de Dios (como decíamos antes) o en las redes “a-sociales” de nuestra época, circulan tan escasas verdades y tantas afirmaciones equivocadas. Estadísticamente hablando, el error gana pues por goleada, por mayoría absoluta.

En efecto, a la pregunta *“¿cuál es la capital de Francia?”*, sólo la respuesta “París” es cierta y todas las demás son erróneas. Y no resulta en absoluto ser dogmático defender que uno tiene razón y que los demás van equivocados. La tolerancia es, ciertamente, una virtud en la vida social; pero en la búsqueda de la verdad no lo es en absoluto. Al contrario. Ser tolerante equivaldría a aceptar que la capital de Francia es Tokio, por ejemplo. Es un poco lo mismo que ocurre con la democracia: es un sistema válido (a pesar de sus innegables defectos, ya que éstos son menores que los de todos los otros sistemas) para gestionar una sociedad, un grupo o una asociación donde deben tomarse decisiones y la opinión de la mayoría se impone. Pero en ciencia, al contrario, una sola persona puede tener razón contra el mundo entero (ejemplo: Galileo). El hecho de ser una mayoría de gente equivocada no implica que tengan razón ... Y como muy bien lo asentó Don Miguel de Unamuno: *“La razón es social. Es aquello en que estamos todos de acuerdo. La verdad es otra cosa”*.

Si la verdad no existiese, ¿por qué la policía investigaría para llegar a descubrirla y los jueces harían juicios para llegar a determinar si un acusado es inocente o culpable? Otra cosa es que no consigan establecer con certeza esa verdad, que haya dudas razonables e incluso errores. Pero ello no significa en modo alguno que la verdad no exista.

Que sea lo mismo decir que Fulanito mató a su esposa o que no la mató. Forzosamente, una de las dos afirmaciones es verdadera y la otra es falsa, aunque a veces seamos incapaces de afirmar con certeza cuál es la verdadera y cuál es la equivocada.

Se imaginan ustedes cuando se pide en un juicio al testigo de jurar decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, la que se armaría si éste respondiese: “¿La verdad? ¿Qué verdad? ¿Mi verdad? ¿Su verdad? ¿Acaso existe la verdad? ¿Acaso existe una verdad única? Lo que Ud. llama la verdad no es más que un relato cultural, una mera construcción social y, por ende, relativa”. ¿Se imaginan? Pues eso es precisamente lo que responde el postmodernista y el *wookista* al científico. Para ellos, la Verdad, con mayúsculas, no existe; ha muerto.

El espacio público se ha convertido así en un foro en el que cualquier declaración, por absurda que sea, puede pretender ser considerada como verdadera. Y si alguien defiende que se trata de una mentira (hoy en día púdicamente llamada “contra-verdad”, no fuese caso que ofendiésemos a alguien ...), siempre saldrá el Trump de turno para oponerle que se trata de una “post-verdad”, neologismo que fue elegido “palabra del año” por el prestigioso diccionario de Oxford en 2016 y que definió como *“una condición cultural o política en la que la verdad de los acontecimientos queda relegada a un segundo plano frente a las emociones, opiniones o creencias subjetivas, especialmente cuando se trata de movilizar la opinión pública o justificar decisiones políticas”*.

Marta Rojals habla de ello cuando escribe: “En una de esas discusiones encendidas sobre el Medio-Oriente, un comentarista radiofónico interrumpía a la comentarista contraria: «¡Esa es tu verdad!, ¡es tu verdad!». En realidad, la estaba tratando de mentirosa en los términos de nuestra época, en la que hay verdades para todos los gustos. (...) De acuerdo, eso no es nuevo (...) Siendo como somos la única especie de la Tierra capaz de fabular, nuestras civilizaciones se han erigido sobre grandes mentiras fundacionales (pero, eso sí, cada una las suyas), asumidas por el grupo como la verdad suprema. Y de los sucesivos choques por imponer la propia a los demás, así hemos llegado a nuestros días: a empujones y bofetadas. Sucede que, en la era de la tecnología y la viralidad, ese talento natural nuestro se ha visto exacerbado de manera exponencial, fractal, individual, y como ya no damos abasto, las batallas por las verdades pueden librarse desde la comodidad del sofá. (...)”

Pues bien, si este planteamiento ya era válido en tiempos analógicos, solo nos faltaba ahora que cada cual llevara en el bolsillo una brújula que señala nortes distintos. La personalización algorítmica de los contenidos que vemos, la selección individualizada de las noticias que nos llegan, las cámaras de eco en las que nos movemos digitalmente nos llevan a experimentar el mundo de maneras muy diferentes, ya no solo de una tribu a otra, ni solo entre vecinos, sino entre individuos que conviven bajo un mismo techo y comen en la misma mesa.”

En estos tiempos pues de “post-verdades”, de mentiras, de camuflajes, de personajes que devoran a las personas, la honestidad es oro. Como lo dejó escrito Mario Bunge: *“Es tonto, imprudente y moralmente erróneo afirmar, practicar o predicar ideas importantes que no hayan sido puestas a prueba o, peor aún, que hayan demostrado de manera concluyente ser totalmente falsas, ineficientes o perjudiciales”*.

La historiadora y filósofa alemana Hannah Arendt escribió al respecto: *“Mentir constantemente no tiene por objetivo lograr que la gente crea una mentira, sino garantizar que ya nadie crea en nada. Un pueblo que ya no puede distinguir entre la verdad y la mentira tampoco puede distinguir entre el bien y el mal. Y un pueblo así privado del poder de pensar y juzgar, se halla, sin saberlo ni desearlo, completamente sometido al imperio de la mentira. Con gente así, se puede hacer lo que se quiera.”* Y el físico y sociólogo francés Gustave Le Bon, opinaba, hace ya más de un siglo, prácticamente lo mismo: *“Las masas nunca han sentido sed por la verdad. Se alejan de los hechos que no les gustan y adoran los errores que les enamoran. Quien sepa engañarlas será fácilmente su dueño; quien intente desengañarlas será siempre su víctima.”*

No deja de ser paradójico que los defensores del relativismo cognitivo no sean conscientes de que su postura dogmática según la cual “todo es socialmente construido y, por lo tanto, la verdad no existe” se derrumba porque constituye un paradigmático ejemplo de argumento de autodestrucción. En efecto, si la verdad no existe, entonces afirmar que la verdad no existe no constituye una verdad; es sólo una opinión entre muchas otras igualmente respetables entre las que figura “la verdad existe”.

Isaac Asimov escribe: *“Existe un culto a la ignorancia; la presión del anti-intelectualismo se ha impuesto gradualmente en nuestra vida política y cultural, alimentando la falsa idea de que la democracia significa que mi ignorancia vale tanto como tu conocimiento.”*

Y un internauta insiste: *“La incultura ya no es un accidente, es una bandera. Se ondea con orgullo, como si fuera una victoria. Se confunde la opinión con el pensamiento, el ego con el talento y la ignorancia con la autenticidad. Hoy en día ya no hace falta saber. Saber incluso despierta sospechas. Leer es considerado como elitista. En cuanto a pensar, casi se considera como una ofensa.”*

Respecto al descrédito actual del acto de pensar, me apetece convocar la penetrante frase de la ya citada Hannah Arendt, respecto a la banalización del mal (su tema predilecto): *“El mayor mal en el mundo es cometido por personas que no eligen ser ni malvadas ni buenas...sino personas que se niegan a pensar.”* Y este rechazo de pensar, de razonar, de evaluar críticamente las ideas o las afirmaciones, propicia no sólo el relativismo cognitivo, sino que favorece la credulidad, las creencias, el complotismo. Como muy bien lo dice Patrick Süskind, el autor alemán de la magnífica novela “El perfume”: *“El hombre está dispuesto a creer en cualquier cosa, con tal de no tener que pensar.”* O dicho en palabras que Quino hubiese podido poner en la boca de su genial Mafalda si hubiese vivido en nuestra época: *“A mí me da totalmente igual que la gente no piense como yo; a estas alturas, me conformo con que piense; más que temer a la inteligencia artificial, me pregunto si no deberíamos protegernos de la estupidez natural.”* Cabe preguntarse, siguiendo el tono humorístico, qué debió decirse a sí mismo el pobre Descartes cuando se apercibió que aquellos que no piensan también existen...

Incluso Albert Camus, Premio Nobel de literatura en 1957, que consideraba que “mal nombrar las cosas es añadir a la desgracia del mundo”, arreó ya en su época contra el peligro que implican estas posiciones dogmáticas: *“La intolerancia, la estupidez y el fanatismo pueden combatirse por separado; pero cuando se juntan, no hay esperanza”.*

Vicent Partal, un periodista valenciano muy crítico con los obscurantismos de todo tipo, escribe: *“La humanidad se divide nítidamente en dos bandos. O se acepta el conocimiento, la ciencia, la razón, o se abraza el obscurantismo. Y que nadie se engañe: en esta batalla fundamental, no hay términos medios. Nunca ha habido. Desde que el primer homínido decidió investigar cómo encender una antorcha en lugar de limitarse a temer el fuego, esta división ha sido la constante más persistente de nuestra especie. Un profesor de prehistoria que tuve en la*

*Universidad de Valencia sostenía la tesis –fascinante– de que ésta era la verdadera guerra civil de la humanidad, el conflicto que subyace en todos los demás: por un lado, quienes quieren entender; por otro, quienes prefieren creer. Por un lado, quienes aceptan la incomodidad pesada de la duda; por otro, quienes se aferran a la comodidad de las certezas inmutables. Por un lado, quienes siguen preguntas hasta donde los lleven; por otro, quienes siguen personas hasta donde los lleven. (...) En esta curiosa época que nos ha tocado vivir, da la impresión de que la ignorancia se ha convertido en una expresión artística y la desmemoria en una ciencia.”*

El mismo Partal va hasta transponer el problema del relativismo cognitivo al mundo de la información, que es el ámbito en el que él se mueve, en un muy interesante editorial titulado:

**¡Cuidado con glorificar la desinformación, porque al final, todos salimos perdiendo!**

«Lo que más me preocupa hoy no es solo que haya teorías de conspiración por todas partes, sino la manera en que mucha gente las defiende con orgullo, como si rechazar el conocimiento fuera algo valiente o inteligente.

Hay una especie de “sabiduría popular” que anda rondando mucho, sobre todo en las redes. Ya sabes, esa situación donde alguien, entre un meme y un emoji, te suelta teorías supercomplicadas sobre cómo funciona el mundo. En esos rincones del Internet, cualquiera se cree detective, como si compartir videos virales y recortes de artículos fuera lo mismo que hacer una investigación seria. Vivimos en una época rara, donde desconfiar de los medios se ve como algo cool. Claro, los periodistas también han cometido errores, nadie lo niega. Pero de ahí a pensar que cualquier “influencer” sabe más que alguien que lleva años investigando... pues hay un abismo. Se ha vuelto casi moda despreciar al periodismo profesional y poner en un pedestal la desinformación, como si fuera una especie de verdad superior. “Piensa por ti mismo”, dicen. Pero pensar por uno mismo no significa creerse todo lo que aparece por Internet. El periodismo serio no puede inventarse cosas nomás porque sí. Los hechos no desaparecen solo porque a uno no le gusten. (...)

Verificar fuentes es la base de todo buen periodismo. (...) Lo que de verdad asusta es ver cómo algunos se sienten orgullosos de no saber. Como si decir “yo no estudié eso, pero tengo mi opinión” fuera suficiente para hablar de temas extremadamente complejos.

Así nace esta “aristocracia de la ignorancia”, donde muchos se creen iluminados solo porque no están “contaminados” por la educación o la experiencia. Pero la ignorancia no es libertad, es una cárcel. Y lo peor es que muchos ni se dan cuenta.

El fanático cree que ya encontró la verdad absoluta y no quiere escuchar nada más. Cree que es libre porque no se cree a nadie; pero en realidad está atrapado en sus propias ideas. La verdadera libertad está en dudar, en hacer preguntas, en cambiar de opinión si los hechos lo ameritan. Y claro, en tomarse el tiempo para aprender de verdad.

El sentido común nos dice algo muy simple: si una afirmación es increíble, las pruebas también tienen que serlo. Como decía Carl Sagan: “Afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias”. No podemos explicar cosas extremadamente complejas con suposiciones o coincidencias disfrazadas de verdad. El mundo no funciona así. Entiendo que las teorías de conspiración atraen. Son fáciles de entender, te hacen sentir especial, como si fueras parte de un grupo que sabe la “verdad oculta”. Pero lo peligroso es que te encierran.

Como dijo Umberto Eco (si no me falla la memoria), el problema del paranoico no es que vea muchas conexiones, sino que se aferra a una sola y no la suelta jamás.”

Y concluye: “Un buen periodismo necesita buenos lectores. Así que la responsabilidad también es tuya.”»

Por cierto, el hecho de sentirse formando parte de un grupo selecto de iniciados que “conoce” la “verdad oculta” constituye una de las razones del éxito del psicoanálisis. Cierro el paréntesis.

En efecto, la sustitución de un periodismo serio, documentado y argumentado, por una información basada en la emoción fugaz dirigida a nuestro cerebro reptiliano comporta un grave riesgo para el conocimiento de la verdad. Alguien escribió al respecto: *“Las emociones no invalidan los argumentos, pero tampoco los prueban. Que algo nos indigne no significa que sea falso ni verdadero. En tiempos de redes sociales, confundimos la fuerza emocional con la fuerza lógica. Un buen argumento puede conmover; pero lo esencial es que se sostenga racionalmente. Sentir no es lo mismo que razonar. Y ambos pueden convivir, pero no reemplazarse.”*

Respecto a la oposición razón/emoción, Joan Ramón Resina escribe: “Nos adentramos en una época mística y pasional, intensa y oscura como todas las épocas místicas. La razón ya no podrá subyugar las pasiones; en realidad, nunca ha podido hacerlo. A lo sumo, podrá aspirar a debilitarlas examinando críticamente las verdades petrificadas. Hace tiempo que vivimos en una edad oscura y no nos habíamos dado cuenta, porque confundíamos la irracionalidad con el progreso. Como en otras ocasiones de la historia, será necesario velar por rescatar los hechos de la niebla pasional que los distorsiona y trabajar pacientemente para desgastar las creencias ciegas, como siempre lo han hecho quienes han sabido mantener encendida la pequeña llama de la razón, que no consiste en tener razón, sino en buscarla incansablemente.”

La muy respetada ensayista alemana Carolin Emcke, en un libro recientemente publicado titulado: *“Lo que es verdad”*, escribe: *“Pienso que estamos en un momento terrible para la verdad. Existe una oligarquía tecnológica, con gente como Elon Musk, (...) organizada de una manera que no tiene precedentes, que se alinea con un autócrata como Donald Trump. (...) Estos oligarcas (...) quieren atacar el hecho de que exista la verdad; quieren atacar la distinción entre el bien y el mal. Es una idea clásicamente totalitaria. Quieren crear confusión, desorientación, una sensación general de relativismo. Sí, nos hallamos en el peor momento para la verdad. (...) Si queremos saber la verdad, el camino puede volverse desagradable y complicado, y puede que nos encontremos con cosas que no queremos creer. (...) Si realmente estamos abiertos a la verdad, tenemos que entrar en detalles; y eso lleva tiempo y puede hacernos sentir muy incómodos.”*

Johanna Siméant-Germanos, la directora del departamento de ciencias sociales de la École Normale Supérieure de París, considera que «vivimos un momento “orwelliano” de oscurantismo tecnófilo». Según ella, «la ofensiva es masiva, brutal y afecta a personas que nunca habrían imaginado ser blanco de ataques. (...) Es vertiginoso». Subraya que estos ataques, a menudo orquestados por think tanks conservadores y libertarios (no confundir con libertarios...), buscan financiar la duda e inundar el mercado con informaciones falsas. Para estos partidarios de la ignorancia, existe un mercado de ideas que hay que aprovisionar constantemente con mercancía falsa. El proyecto anticiencia está impulsado por individuos profundamente opuestos a la propia idea de sociedad. Y estos ataques provienen ahora del corazón mismo del Estado, especialmente en los Estados Unidos, donde los despidos, las prohibiciones de viajar y las restricciones afectan a los científicos.

Estas acciones ponen en cuestión la democracia, que se basa en la deliberación colectiva sustentada en hechos. Ciertamente, la ciencia no es la democracia, entendida como la opinión de la mayoría. Pero al igual que la democracia, la producción científica del conocimiento pasa por un trabajo de crítica razonada, lo que exige y toma tiempo. Y cita a su vez a Hannah Arendt: *«La libertad de opinión es una farsa si no se garantiza la información sobre los hechos»*. Añadiendo: *«Si los hechos no son cognoscibles, el debate es una ficción. Quien controla los relatos controla en parte el resultado de la deliberación. (...) Partir de lo que es verdadero o está estabilizado como consenso científico sostiene la posibilidad de existir.»*

Personalmente, hace tiempo que he dejado de emplear la tan utilizada expresión: “yo creo que...”. Y ello por varias razones. La primera es que lo que yo crea o deje de creer no tiene la más mínima relevancia; es asunto mío y no tiene por qué interesar a otras personas. No es más que una opinión, un punto de vista personal. Y los puntos de vista son como los ombligos: todo el mundo tiene uno.

La segunda es que la definición misma de creer es, según el propio Diccionario de la Real Academia de la Lengua española: “Tener algo por cierto sin conocerlo de manera directa o sin que esté comprobado o demostrado.” Creer es lo propio de la religión, no de la razón y aún menos de la ciencia. No es que yo crea o que yo piense que la Tierra es redonda: es que yo lo sé.

Por pedante que ello pueda parecer a primera vista, cuando discutiendo con alguien me sale con: “yo creo que...”, le corto la palabra inmediatamente y le contesto: “yo no creo; yo sé”. Y de lo que no sé (¿y sabe Dios que es mucho!), no hablo. Punto. Escucho o leo a aquellos que saben, que es como uno (y una, que si no me vais a tratar de machista...), aprende.

Quisiera terminar esta conferencia con una reflexión personal (y, por tanto, en absoluto científica y totalmente discutible) que espero no ofenda a nadie. Debo confesar que siempre me ha escandalizado el relato bíblico sobre la historia de Adán y Eva (ya he hablado de ello en otras ocasiones). Esa parejita feliz del Paraíso Terrenal que andaba desnuda y copulaba a porfía por aquello de “creced y multiplicaos”, sólo tenía una cosa prohibida: comer el fruto (la manzana) del árbol del conocimiento. Fíjense bien: del conocimiento. Dice textualmente el libro del Génesis: *“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.”* Sabiendo, pues, la verdad y el error. Dios exige la ignorancia para poder manipular a la Humanidad que, si abriese los ojos, descubriría la verdad. Como muy bien lo expuso Melanie Klein (que no siempre soltaba bobadas): “Quien come el fruto del conocimiento es siempre expulsado de algún Paraíso.” (Entre paréntesis: en vez de culpar a Eva de todos los males, deberíamos alzarle un monumento y erigirle una estatua más grande que la de la Libertad por haberse atrevido a querer adquirir el conocimiento). Y no es válido decir que el texto pertenece al Antiguo Testamento y que los evangelios resultan más progresistas. En su famoso sermón de la montaña, Jesucristo también exhorta abiertamente sus discípulos a la ignorancia: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Es decir: sean crédulos, infantiles e ignorantes y serán felices. ¡Más claro, el agua! Mantener la Humanidad ignorante es una constante en todos aquellos que pretenden manipularla: César con pan y circo, Franco con fútbol y toros y Trump declarando la guerra a las universidades y a los científicos. Ya no se trata de que todos piensen aquello que el régimen les inculca (que es lo propio de los fascismos) sino que se trata de que, sencillamente, ya no piensen (que es lo propio de los totalitarismos). Hasta el punto de que incluso ha dado nombre a una nueva «disciplina»: la agnotología. La agnotología es el estudio de la producción de la ignorancia y de los procesos mediante los cuales el conocimiento es intencionalmente destruido o disimulado. Fue el estadounidense Robert N. Proctor, historiador de las ciencias, quien, en 1992, reunió en torno a este concepto los estudios interesados no en las condiciones sociales, culturales e históricas de la producción del saber, sino en las de su destrucción u obliteración.

La ignorancia, al igual que el conocimiento, tiene su propia geografía, explorada desde hace poco por historiadores, sociólogos y filósofos de la ciencia que reflexionan sobre el impacto de ciertas fuerzas, sean económicas, políticas o sociales, en nuestra percepción del mundo. Estudian casos históricos y actuales de desinformación, poniendo de relieve las consecuencias que esto puede tener en nuestra sociedad. La cultura de la ignorancia puede acarrear consecuencias desastrosas. Gracias a la manipulación de la información se puede influir sobre la opinión pública y sus decisiones políticas.

De ahí la importancia de una formación del espíritu crítico y científico, así como de un acceso transparente a la información, con el fin de luchar contra estas tendencias y preservar nuestro saber colectivo.

Éric Giegelmann, en su libro *Agnotología: El arte de cultivar la ignorancia*, nos explica que la agnotología designa un campo de investigación que invierte la perspectiva clásica: en lugar de centrarse en lo que se sabe y en cómo se adquiere el saber, se trata de examinar cómo se construye, se mantiene y se instrumentaliza la ignorancia. En un mundo saturado de información, la ignorancia ya no es solamente una carencia de conocimiento o una laguna temporal. Puede ser producida deliberadamente (por gobiernos, empresas, instituciones o incluso comunidades) para servir a intereses económicos, políticos o ideológicos. La agnotología explora, por tanto, los mecanismos mediante los cuales se borra, se difumina, se minimiza o se deforma el conocimiento. Es una ciencia crítica que no se limita a señalar las mentiras, sino que busca comprender las estrategias de ocultamiento, analizar la fabricación de la duda y cartografiar las zonas oscuras del saber colectivo. Muestra que la ignorancia no es solamente un estado pasivo: puede ser un producto activo, manufacturado, difundido y rentabilizado. La agnotología no busca entonces únicamente denunciar las mentiras. Revela los procesos mediante los cuales se borran un cierto orden del mundo. Es a la vez una herramienta de resistencia y un revelador de los puntos ciegos de nuestra modernidad. Es una ciencia política, una antropología del silencio, una sociología de los tabúes. No cuestiona «¿qué sabemos?», sino «¿qué se nos impide saber, y por qué?».

Acabo. No, no todas las ideas son iguales. No, no todas las visiones del mundo son igualmente legítimas. No, no todas las “verdades” son intercambiables. La verdad existe. Única. Aunque a menudo sea difícil de conseguir, aunque se revele gradualmente, aunque siempre sea susceptible de ser enriquecida o corregida. El error, por el contrario, es múltiple, diverso, polimórfico. Hay mil maneras de equivocarse, mil maneras de ser malinterpretado, mil maneras de extraviarse. La búsqueda de la verdad es pues, por naturaleza, difícil, exigente y larga. Pero es esencial. Porque sólo la verdad nos hace libres, sólo ella nos permite comprender el mundo, actuar en y sobre él. En una palabra: progresar. Y sólo una sociedad que respete la verdad, que valore el pensamiento crítico, que divulgue el método científico, puede esperar construir un futuro digno de la Humanidad. Hace unos años (en el 2009 si no recuerdo mal) pronuncié aquí mismo, en Iztacala (quizás incluso algunos de vosotros estabais presentes ...) una conferencia a la que puse por título: “La formación del espíritu científico como valor fundamental del ciudadano ilustrado”. Como veis, no hago más que repetirme (como solemos hacer los ancianos -eufemismo por no decir viejos-); pero prefiero repetirme antes que renegarme. Así es que, antes de empezar a “chochar” de verdad, prefiero dejarlo ahí y cederos la palabra para el turno de preguntas, esperando saber contestarlas.

Pero recordad: ¡Sólo la verdad nos hará libres!

*Muchas gracias por vuestra atención.*